

Conjuros

Felipe Garrido

Conjuros

Felipe Garrido

Para Sonia, todos los conjuros

Para mis cómplices: Huberto Bátis, en *Sábado*; Hugo Gutiérrez Vega, Luis Tovar y Francisco Torres Córdova, en *La Jornada Semanal*

Conjuro primero



De una inscripción en la arena, abandonada al viento: «...te convoco y te condeno a que no puedas cerrar los ojos sin verme, abrir los labios sin llamarme, saciar la sed sin sentir en tu boca la mía, tocar tu cuerpo sin creer que me acaricias, doblar una esquina sin la esperanza de hallarme, alzar el teléfono sin oír en mi voz tu nombre, abrir un libro sin leer estas palabras, porque el único amor que me hace falta es el tuyo, y lo necesito de esta manera desmesurada en que yo...».

Suspense



Cerrar un ojo para cuadrar en la mira el blanco —alguien que esté en la parada, en la calle que se va quedando sola—. Aguantar la respiración, quieto al cobijo del muro, los brazos extendidos. Quitar el seguro. Amartillar la pistola. Saber que están a punto de regresar. Apoyar el dedo en el gatillo. Sentir el corazón.

Calcular cada movimiento para no ser descubierto: poner el seguro, sacar el cargador, vaciar la recámara, guardar el arma en el estuche, subirse a la silla, meter la caja de madera bajo las sábanas, en lo alto del clóset, volver la silla a su lugar... asegurarse de que nada diga que cuando se quedan solos él se apresura a dormir a los hermanos, se viste el pijama, toma la pistola, sube a la azotea, cierra un ojo para cuadrar en la mira el blanco —cualquiera que esté a la vista—, aguanta la respiración, quieto, a oscuras, el dedo midiendo la resistencia del gatillo que nunca ha oprimido, siente pasar el tiempo, baja el percutor, escucha el automóvil que llega, alarga un instante más el tenerlo a tiro, galopante el corazón.

La Quinta



Entonces lo recuerdas. Confundido con un sueño, extraviado en la memoria, cubierto de ceniza, de pronto llamarada espejo, punzante realidad. El barrio perdió la paz, los árboles su luz dorada; las casas se hicieron estacionamientos, misceláneas, escuelas, talleres, edificios, oficinas. Pero La Quinta es la misma y mamá Tita los recibe arrastrando los pies, pidiéndoles paciencia mientras enciende su aparato para oírlos. «¡Tanto tiempo!», grita alzando los brazos papá León y luego, a tu marido, «¿Ya no te acuerdas? Ahí al lado de la escalera». Sigues a Leoncito, que quiere agua. «Voy arriba, ma», grita Marita. «Dale lo que pida», insiste tu padre, que sigue al niño con el refresco, Manuel viene por el pasillo sacudiéndose las manos, Marita baja a saltos, corre a tus brazos, mete la cabecita al lado de tu cuello, un murmullo sólo para ti, y sus palabras te queman, te devuelven a tu infancia, te hacen apretarla mientras la escuchas: «¿Quién es, ma? ¿Quién es esa vieja que está arriba? ¿Por qué está llorando, ma?».

El capitán



E luego dijo el capitán que nadie lo siguiese porque aquella empresa los cielos se la habían señalado y sólo la fuerza de su brazo podría acometerla. Vímoslo bajar con la espada en la mano e la cabeza descubierta, entre aquellos árboles tan altos que escurecían la mañana. E unos dijeron, luego que no volvimos a verlo, que el mucho sol y el poco descanso le habían consumido la cordura. E otros que había sido la codicia, porque en aquellas tierras había oro, e más río abajo. Y para mí me tengo que no fue el sol ni los trabajos pasados y ni siquiera la gana y el gusto del oro, sino aquella muchacha de tetas

picudillas y cabellos crespos que olía a tamarindo y le dio a probar su carne, de color loros, sus ojos de capulín. [De *Nuevas navegaciones...*, atribuido a Antón Gil, el Xamurado.]

Vuelo histórico



Señoras y señores pasajeros, muy buenas tardes; desde la cabina de mando les habla su piloto, el capitán Ausencio Cruz y Gama, para informarles que, como ya lo habrán notado, nos encontramos en una zona de intensa turbulencia. Quiero informarles que están a bordo de un vuelo histórico, sin precedente, que marca una nueva etapa en la aviación. Gracias a los esfuerzos y los sacrificios de muchos hombres y mujeres, hemos logrado superar los viejos procedimientos autoritarios que por décadas imperaron en los viajes por el aire. Por primera vez en la historia serán ustedes mismos quienes decidan lo que debemos hacer. En un momento más, las señoritas sobrecargo van a repartirles un cuestionario que deben llenar para decidir qué maniobras habremos de ejecutar para llegar con bien a nuestro destino. Se les ruega que, antes de dar respuesta a las preguntas, tomen la precaución de leer con cuidado el reglamento impreso en la parte final del cuestionario, de modo que cumplamos debidamente con la normatividad vigente y con los requerimientos de transparencia que exigen tanto el Comité de Decisiones como el de Siniestros.

Una ciudad prodigiosa



Después de comer, mientras Toña servía café, galletas y nieve de membrillo, la tía Martucha pidió que le trajeran los cigarros. Todos

ocupamos nuestros lugares y nos apuramos a recobrar la composición.

Martucha es una mujer pequeñita, un poco jorobada. Le gustan las joyas de fantasía y las blusas de seda. Tiene el cabello blanco, la piel floja, los ojos claros y cansados. Cuando fuma, su voz tenue comienza a bordar en el recuerdo.

—Del otro lado del mar —dijo la tía mientras las volutas de humo subían por los prismas de la araña— hay una ciudad de prodigio, en las orillas de un río. Altas construcciones de piedra la forman; erizadas por infinitas chimeneas. Sus tejados, que la lluvia abrillanta, están ocupados por gorriones. En los jardines, al pie de álamos de oro crecen hermosas mujeres de bronce que no conocen el frío. Bajo los puentes canta la corriente una melodía irrepitible. En las calles, aromadas por el pan y la cebolla, los niños juegan en corros y montan caballitos de palo. A la luz del crepúsculo, muchachas bellas como la aurora pasean por el fondo de los estanques. Y cuando cae la noche, la paz y el deseo se trenzan en un abrazo que remeda el del río y la ciudad.

Hay en el centro —dijo la tía mientras le aplicaba lumbre a otro cigarro y le pedía a Toña más nieve— una torre de plata. Tanto se eleva por encima del río que muchas veces se pierde en las nubes. A la luz del sol es difícil mirarla. Pero en las noches claras tiene el brillo del hielo. Una vez cada mil años, un coro de ángeles la celebra en las alturas.

La tía Martucha guardó silencio porque había terminado con el cigarro, porque Toña tiró algo en la cocina, porque la Beba se había quedado dormida y no la quiso despertar.

Ven conmigo



El abuelo está sentado frente a la casa, en medio del jardín. Muy derecho en la silla de palo; con la pierna cruzada, las manos entre-

lazadas en la rodilla, el cigarro entre los dedos. Lleva un traje oscuro, corbata a rayas, pañuelo en el bolsillo, botines y bastón. A sus pies duerme un perro blanco; no sé cómo se llama.

—Ven conmigo —vuelve a decirme y me mira burlón. El abuelo es calvo; tiene las cejas grandes, y las orejas, y la nariz.

—Hey, ven acá —insiste sin mover los labios.

—¿No me oyes? —pregunta, como si fuera a enojarse, pero él sabe bien que no quiero oírlo. No quiero hacerle caso. Me quedo quieto, de pie, sin respirar. Camino hacia atrás, paso a pasito, buscando la puerta, sin quitar la vista de la foto que cuelga de la pared.

San Frutos



Para José Luis Martínez

En la tercera capilla se venera a san Frutos. Lo identifican los pies descalzos, la cabeza tonsurada, el cuerpo regordete, la escarcela vacía, la mirada de muchos días sin comer. Sobre todo, los libros bajo el manto.

Es fama antigua que protege a quienes, en caso de necesidad extrema, se ven precisados a seguir su ejemplo y sustraen, con riesgo de sus personas y su fama, libros que no pueden pagar. Se recomienda, en tales ocasiones, ofrecer al santo un novenario que se cumplirá de rodillas, sosteniendo en los brazos abiertos el fruto de su intercesión. Un modo eficaz de propiciar su gracia es olvidar algún texto piadoso en el altar.

Mucho se discutió, en el pasado, qué libros esconde. Una vieja opinión, irreverente y deliciosa, sostiene que están todos en blanco, porque san Frutos no sabía leer.

El santo sayal



—Leí luego —dijo Anacarda sin alzar la vista— el precioso *Canto del santo sayal*: un monje probo abandona su santuario y emprende camino para buscarlo. Transcurren vientos, lluvias, amaneceres y lunas. El bienaventurado cruza el país de los hombres con cola y hocico de perro, duerme en el bosque de los árboles lira, pero en un descuido bebe de la poza dormida, pierde el sendero y, a las vueltas del tiempo, olvida no solamente el propósito de su viaje, sino de dónde viene, quién es él. En la selva tenebrosa las frondas se aprietan de tal forma que debe extender las manos para no tropezar. Y en ese momento, lejos de desesperarse, el hombre santo aprieta el paso, pues sabe que su destino estará seguro sólo si lo abandona en manos del Otro.

—¿Encuentra el sayal?

Anacarda no me contestó.

Puerto Deseado



Sesenta leguas al poniente, cerca de la otra mar, está un valle muy llano, con un río no muy grande, y el pueblo más deleitoso en lo poblado del mundo. En este Puerto Deseado, cada tarde sale el cacique de su palacio del día y sigue la calzada por el medio de estanques con todos los linajes de aves y peces que en estas partes se hallan, seguido de sus guerreros y tigres y sabios que miden el cielo, para ir a su palacio nocturno. Sale cubierto de oro y piedras, que no es posible mirarlo, y a medio camino hasta cincuenta señores que llevan hachones lo van cubriendo con plumas gualdas, verdes, azules, pardas y más oscuras. Hombres, mujeres, viejos, niños y los señores sus vasallos le llevan miel, granos de oro, man-

tas, pieles de lagarto y de sierpes y colmillos de grandes peces que se alimentan de hombres. Y así como va, de entre las que lo miran pasar elige una que lo acompañe y esa mujer se siente honrada y lo mismo sus padres y hermanos y maridos cuando los tienen, pues dicen que es el Sol. Y luego la cubre con un manto labrado de algodón y le echa al cuello un collar de oro. Y hay tardes —dicen— que lleva a dos y tres, de lo cual mucho nos maravillamos. [De *Nuevas navegaciones...*, atribuido a Antón Gil, el Xamurado.]

La mujer de estuco



Apoyada en el muro me está mirando. Nada en su cuerpo ni en su rostro se mueve. Sólo la mirada. Solamente los ojos astutos. Alzo la mano, pero no me atrevo a tocarla.

Veo sus ojos como si no le pertenecieran. Como si alguien estuviera escondido en ella para confiarme el porvenir. Entonces, la mujer clava en mí la mirada, abre y cierra la boca, pronuncia palabras que no alcanzo a oír. De viento y de estuco, esas palabras que me dejan fuera de su secreto —lo sé— dicen la verdad.

Relámpago



Gruñe la hamaca, más allá del muro de tablas. Frota las lajas el río. Noche cerrada. Doble la risa ahogada. Caña y sudor.

Alguien baja por el llano. A lo lejos se ve sólo la luz, rodando por el carrizal. Apenas que se acerque, por el maculí, se le mira la figura. Aprietan el silencio un ladrido distante, el cuerpo inasible del río. Mudos resplandecen los cocuyos.

Alza al entrar la lámpara por encima de la cabeza descubierta. Mira mecidos los muslos de media sombra. Silba el tajo del machete, relámpago sin luz.

Un beso



Mis padres lucían severos, sentados en el borde del sillón de mimbre. Yo estaba de pie, junto a la puerta; tenía la mirada clavada en las puntas de los zapatos, raspadas, y me veía las rodillas, raspadas también. El padre de Laura habló un rato de negocios, de política y de las lluvias. De pronto, con tono grave, llegó al asunto que lo había llevado:

—¿Qué creen ustedes que hizo el otro día su Pepillo? Así como lo ven, ¡mosquita muerta! Pues le pidió un beso a Laurita... en plena calle, cuando salían de la escuela...

—¿Será posible? —comentó mi padre y alzó las cejas; de soslayo lo vi.

—Habría que castigar a ese muchacho —afirmó mi madre y no tuve necesidad de verla para saber cómo me miraba.

—Déjame hablar con él —dijo mi padre y sentí los pasos firmes de mi madre al salir de la habitación. Cuando quedamos solos alcé la mirada. Algo serio quiso decir mi padre, pero dijo «es una niña linda» y le ganó la risa.

—Le di un dulce... Y fue en el cachete —alcancé a explicar.

El avaro



Dos razones había entonces para envidiar a mi amigo: sus puros y su mujer.

Los puros le llegaban de Sumatra, creo, al través de su oficina de importaciones, en unas cajas de metal. Medían un buen jeme de largo; torcidos a mano y forrados con hojas de tersura perfecta, color oro, que contrastaban con el tabaco oscuro del interior. Su perfume trascendía aroma de mujer.

La mujer tenía en la piel el color de las hojas doradas, y en el cabello el del tabaco oscuro. Intuitiva y audaz; ojos de perdición. Se movía como respiran las olas mansas.

Con sus puros mi amigo era avaro y cuidadoso. No lo era tanto con su mujer.

Babel



—No, no, no. ¡Eso es un disparate! —dijo don Atanasio palmeando en el escritorio, pues a veces sus alumnos lo impacientaban.

—Yo vi el dibujo —dijo alguien con acento de chilango y hubo voces de aprobación.

—¡Cuál dibujo! Eso lo pintó Brueghel el Viejo, en 1563, cientos, miles de años después de Babel. Nunca hubo una sola lengua.

—La Biblia dice —dijo Frida, con el libro en las manos; los hombros desnudos y dorados...

—No importa lo que diga la Biblia —dijo el viejo—. Babel se repite todos los días. Cuando se trabaja con una misma voluntad, aunque se hablen idiomas distintos, volvemos a levantar la torre —la muchacha sonrió; sentía que el maestro le hablaba sólo a ella—. Pero si tenemos la voluntad dividida, si no queremos ponernos de acuerdo, entonces, aunque usemos las mismas palabras...

—¡Ahí viene el chingadazo! —dijo alguien en el fondo y salieron todos corriendo, gritando, empujándose, como acostumbraban, porque había sonado la campana.

Trofeo



Y lo difícil era no equivocarse nunca. Saltar en una pierna toda la cuadra, toda la calle, ida y vuelta; toda la tarde, todos los días, todas las vacaciones. De la casa al pan, a la tintorería, con el zapatero, sin jamás bajar la otra pierna, así uno cambiara de banqueta, tuviera que cruzar charcos, baches, lodazales; así hubiera perros, bicicletas, gente. Más lejos que nadie. Más tiempo que nadie. Dejar a los otros con la lengua de fuera, sentados en la entrada de la tienda; recargados en las camionetas del reparto, los dos pies en tierra, la cabeza gacha.

No creer, saber que la vida era ir de cojito por el corazón de la tarde promisoría de lluvia y de tu risa. De tus rodillas raspadas, pintadas de verde por el pasto recién cortado. De tus muslos elásticos y tibios donde cerrados los ojos, contenido el aliento, dejaba caer la cabeza como la de un peregrino, en las primeras sombras de la tarde, detrás de los sacos de azúcar, antes de que nos llamaran a mendar.

El hombre de la sirena



—Tengo una sirena —dijo el profesor; o eso parecía por los anteojos, las plumas en el bolsillo de la camisa, todos esos libros apilados en la mesa.

Pero nadie le hizo caso; cosas más inusuales se escuchaban en aquella cantina, abierta al malecón.

—Su voz es más dulce que el tumbo de las olas y sus ojos tienen el brillo del relámpago y sus ondosos cabellos...

—Largos y verdes como las ondas que se adelgazan... —lo atajó un marinerito ilustrado.

—Nada de eso —musitó el profesor, y apartó de sus labios la sexta cerveza—; cortos y dorados como... o quizá cobrizos pero, en todo caso, tan cortos que dejan desnuda la hermosa columna que sostiene la cabeza y los hombros espléndidos...

—Y, de seguro —siguió el marinero, sentándose a la mesa—, también los pechos altivos... —pero se sintió cohibido por la mirada del profesor, a quien no le hacía gracia que ciertos encantos de su sirena fueran comentados en público, y empinó el vaso de ron para dar un pretexto a su silencio.

Por unos instantes los dos se miraron, entre trago y trago, sin saber cómo reanudar aquella conversación. Hasta que el marinero, mientras le llenaban nuevamente el vaso, decidió hacer gala de su erudición.

—Y cantará, por cierto, su sirena.

—No. Más bien conversamos, mi sirena y yo.

La mirada del profesor quedó suspendida sobre el mar, que se iba poniendo violeta.

—Es hermoso este mar —dijo el marinero, que lo sentía propio.

—El más hermoso del mundo —asintió el profesor, sin volver la vista—; por allí anda ella, en algún lugar.

—Tenga cuidado —advirtió el marinero.

—Con gusto me perdería en sus brazos.

—¿Los ha probado? Cuente, amigo, las caricias...

El profesor se volvió con un aire de misterio.

—Nada diré, porque las palabras... —y no contó más. Recogió los libros, los acomodó bajo el brazo, se puso de pie contra el atardecer y desapareció con paso distraído, sin pagar la cuenta.

Travesura



Habr a más espacio en el vagón de atrás, y él podr a maniobrar: espi- gado, overol azul, bomb n, melena de estambre, zapatones de colo- res, enharinadas las mejillas, roja nariz de bola... Pero no ser a un payaso:

—Gentiles damitas, cordiales caballeros —estridente, amplios ademanes—,  atenci n!, esto es el mago Travesura...

Nadie pondr a los ojos en sus trucos ingenuos; verán a otros la- dos; como si el vagón estuviera vacío.

—Respetable concurrencia, lo que sea su voluntad...

Las miradas vagar n esperando que se vaya. El bomb n vacío. En la siguiente parada Travesura llegar a a la puerta. Estridente, am- plios ademanes:

—Como ustedes quieran —agitará las manos, se borrar a en un resplandor, los dejar a ciegos.

Tominejos



El rey de Sampcua, que está en esas mismas tierras, de Nombre de Dios adelante, frente a la isla de Las Perlas, regaló al capitán un sol hecho de oro, tan grande como una rueda de carreta y tan grueso como un puño, y una luna de plata, tan grande y gruesa como el sol que dije; también copas, un cangrejo, escudos, cascos, rodelas, todo de oro y muchas colchas de algodón, y otros muchos vestidos, hechos de manera maravillosa. Dicen que también había unos to- minejos hechos con hilos de plata y de oro, que cuando la india que los trajo los tomaba comenzaban a cantar. Y que todos se maravilla- ron, porque nadie había visto nunca que unos pajarillos de metal

cantasen, y menos con esa variedad de voces con que esos que digo lo hacían. Sino que dicen que después que se fue de ahí la muchacha y nadie volvió a ver sus ojos rasgados, no hubo manera, y fue una lástima, de que los dichos tominejos volviesen a cantar. [De *Nuevas navegaciones...*, atribuido a Antón Gil, el Xamurado.]

Nocturno



—Hace tanto tiempo —me dijo al oído, jadeante todavía, y se acodó a mi lado, desnuda como el viento.

Sombras sobre sombras; una línea de luz en las caderas. Sus ojos brillaban en secreto. Comencé a besarle las axilas; bajé a mordiscos por el perfil de luna; me detuve en las corvas; la escuché suspirar.

—Sígueme soñando —le supliqué—. No vayas a despertar.

Una mariposa



Un día, una mariposa que veía bailar a las muchachas en la feria de Acatlán quiso probar esa manera de sentirse viva y fue a pedirle a san Pascual que le hiciera el milagro de vestirla de fiesta, de darle un par de trenzas y cuerpo de doncella. Y el santo, que estaba de buen humor, le concedió el prodigio sin hacerse mucho del rogar. Llegó a la plaza, pues, la mariposa, y todos los jóvenes, en cuanto la vieron, hicieron a un lado a sus parejas y no quisieron otra cosa que bailar con ella. La mariposa nunca se había visto tan asediada, tan admirada, tan agasajada y, como a veces sucede con las muchachas que no saben llevar a cuestras su lindura, comenzó a engreírse y no quiso bailar con nadie. Hasta que el santo, que ese día estaba de ve-

ras de buen humor, decidió que hacía falta darle una lección. Comenzaron entonces a brotarle las alas, pues aunque tuviera cuerpo de doncella y trenzas y estuviera vestida de fiesta, seguía siendo una mariposa, hasta que no tuvo más remedio que salir volando.

Sean buenos



—Sean buenos —dice mamá con voz de ángel y nos tapa hasta las narices, nos revuelve el cabello, nos cubre de besos, nos hace cosquillas en la panza, nos cierra la boca con sus dedos fríos.

—No hagan ruido —dice—, no se levanten, no vayan a pelear —y vuelve a apretarnos las sábanas justito alrededor del cuerpo, vuelve a besarnos, a sacudirnos la cabeza, vuelve a suspirar.

Huele a perfume, mamá. Tiene los párpados brillantes, una blusa de encaje, una falda negra y larga que le marca la cintura.

La miro cuando se aparta. Oigo cómo clava los tacones en el piso. La miro cuando se vuelve en la puerta y con un gesto nos pone quietos. Veo cómo uno de sus dedos largos, con la uña de caramelo, se arrastra por la pared hasta encontrar el apagador.

La luz que guardan mis ojos me deja ciego. Luego veo la ventana, con las cortinas de selva; veo el bulto de mi hermano en la otra cama; veo la lámpara; oigo la llave que nos echa mamá. La oigo moverse fuera, cambiar de lugar alguna silla, poner un disco, sacar vasos o platos o ceniceros. Oigo en la calle un camión que pasa. Luego siento cómo llega el elevador y una voz que no conozco y la risa de mamá.

Así fueran mil años



—Yo no quiero espárragos —dijo una voz en la cabecera, y un silencio de escándalo se extendió por la mesa. La Beba, que acababa de servirse, quedó paralizada, con la aceitera en alto. Martín sacudió la melena rubia y no dijo nada porque se había metido en la boca medio bolillo, pero fue claro que tenía la intención de protestar. Guardamos silencio para darle al Nene oportunidad de desdecirse antes de que Toña regresara de la cocina; pero él, aún vestido de futbolista, se mantuvo firme.

—Es por el colesterol —explicó—, o por el ácido úrico, o algo así. No me acuerdo. Pero hacen daño.

La Beba terminó de aderezar los espárragos, vaciló un instante, tomó uno con los dedos y lo engulló entero.

—No sabes lo que dices —fue su comentario.

Toña entró con una salsa de cilantro, una jarra de agua de perejil, y mantequilla derretida. Dejó todo en la mesa y tuvo el buen gusto de no hablar. Celia estaba separando sus espárragos en cuatro grupos que cubrió con aliños diferentes.

—Déjenlo en paz —dijo la tía Celia mientras daba cuenta del primer espárrago.

—Pero no es posible vivir privándose de todo —comentó la Beba.

—Cada quien se abstiene de algo —reconoció Martín, mientras esperaba la mayonesa—. Tú —le dijo a Celia— les tienes miedo a los novios. Siempre que...

—Y tú al trabajo —contestó Celia sin dejar de masticar.

Las primas memoriosas empezaron a recordar las manías de la familia. Nadie quiso quedarse atrás y la mesa trepidó, hasta que Toña entró de nuevo, con un plato de canelones flameados.

—No son tan sanos como ustedes creen —dijo el Nene clavándoles la vista—; Absalón, el entrenador, quiere que nos cuidemos...

—¡Que se mueran de hambre! —exclamó la Beba, que seguía con los espárragos.

—A cierta edad... —comenzó a decir el Nene, pero la tía Martucha, hasta entonces inusualmente callada, lo interrumpió:

—Agota tu corazón a pasos redoblados. Muchos enfermos se han curado así. Lánzate sobre la vida como sobre una presa, porque es efímera.

Hubo un largo silencio de asombro. Martucha nos barrió con sus ojos claros. Agitó en el aire las manitas enjoyadas:

—Eso lo dijo un poeta árabe hace mil años. Y yo lo creo. Hay que atreverse a vivir.

—Ya luego vendrán los arrepentimientos —dijo la Beba.

—Los graves —siguió Martucha mientras espolvoreaba pimienta sobre sus canelones— son por lo que no hicimos. Ésos se comen el alma.

—Debe ser peor si se vive demasiado —dijo una de las primas.

—¿Demasiado? —preguntó Martucha—. Si se vive con ganas nunca es demasiado.

—Así fueran mil años —dijo Toña al pasar.

San Sardinán



Una talla en hueso, diminuta y hace tiempo desaparecida, es la única imagen conocida de san Sardinán. Muestra a un hombre hermoso y robusto, bien armado, coronado por un sol y con un garrote en las manos. Es fama vieja que el santo vivía desnudo en una caverna de donde expulsó a un demonio. Los ángeles premiaron su belicosa piedad con una aureola flamígera que le permitía alumbrarse bajo tierra.

En otros tiempos solía discutirse con santa intransigencia qué argumento logró el exorcismo: los bastonazos o la oración. Hoy en día ese detalle ha perdido importancia. Se discute en cambio si el

ermitaño se sustentaba con los frutos de un almendro, o si una urraca avisada le llevaba pan.

Venerado en vida por mujeres impacientes, san Sardián es importante ahora más bien para buscadores de tesoros, espeleólogos, mineros y otros aventureros subterráneos que se ven tentados por apariciones lujuriosas.

La miniatura en hueso, bueno es decirlo, disimulaba la ostentosa virilidad del eremita con elegante pudor.

Papeles



Señor director:

Me permito distraer su fina atención para denunciar ciertas anomalías que desde hace varias semanas vienen afectando no sólo mi desempeño laboral, sino mi vida familiar. Usted sabe que hace catorce años trabajo en la Institución. No soy un recién llegado. Hace nueve laboro en la misma sección, el mismo cubículo, el mismo escritorio. Conozco mis obligaciones. Soy cumplido. Soy puntual. No me gusta perder el tiempo. Sólo por no parecer presuntuoso no agregó que soy eficiente. Pero, a fin de cuentas, uno sabe cómo es el trabajo de uno y cómo es el de los demás.

Hasta hace poco tiempo, mi mayor orgullo era dejar limpio el escritorio todos los días. Ningún pendiente. Ni la más exigua remisión, ni la más anodina copia tenían que esperar al día siguiente. Todo lo atendía, todo lo despachaba. Cada día me enfrentaba a una buena pila de papeles, y para media mañana había terminado. Me marchaba a casa ilusionado y contento.

Luego sucedió aquello. Lo recuerdo tan claramente

como si fuera hoy. Había casi concluido con mis tareas cuando dejé mi escritorio para cumplir, brevemente, con necesidades a que nos sujeta nuestra naturaleza animal. Al regresar, encontré en mi lugar una nueva pila de documentos sin revisar. Por primera vez en la vida llegó la hora de salida sin que yo hubiese terminado mis labores. ¿Debo decirle que esa noche no dormí? ¿Que, contra mi costumbre, mi comportamiento fue esa tarde inútil y absurdamente irascible? ¿Que mi mujer y mis niños me veían temerosos y azorados, sin comprender lo que sucedía?

A partir de entonces tal ha sido el sabor y el dolor de mi vida. Apenas salgo de mi oficina, no importa para qué, cuánto tiempo, a dónde vaya, al volver encuentro mi escritorio lleno de papeles. Me he entrevistado con mi jefe inmediato, con el de sección, con el de piso, con el de personal. Todo ha sido en vano. Me he quedado a trabajar en las noches, los sábados, los días de fiesta... He olvidado lo que son las vacaciones. Da igual. No logro ponerme al corriente. Apenas salgo, aparecen más papeles. No sé quién los trae. No sé de dónde vienen. He llegado a pensar que ellos mismos se multiplican.

Tiemblo ahora, al tiempo que escribo, porque sé que, mientras lleve este oficio a su destino, en busca de auxilio, sobre mi escritorio los papeles se multiplicarán.

La mujer del manto



Iban pues, le digo, porque sucedió muchas veces, midiéndole con la vista la cintura, tras la mujer del manto y, llegados a la Alameda, allí donde parece que se acaba el pueblo, donde comienza a oírse el ru-

mor ese que dicen que es de la cañada, luego se atrevían a darle alcance y la llamaban o apoyaban una mano en su hombro. Apenas ella se volvía, algunos al momento morían y otros quedaban largo tiempo sin conciencia y otros menos alcanzaban a salir corriendo, tropezándose, huyendo a gatas, y gañían como perros apaleados. Y a lo que parece hubo sólo uno, según se cuenta por estos rumbos, y parece que no era de por aquí de Tierra Caliente, sino que venía de fuera, como tantos, por eso de las fiestas, que tuvo ánimo de hablarle y aun parece que, pero yo no estaba allí para verlo, le rodeó el talle con el brazo y le clavó la mirada y quiso besarle la boca descarnada... pero lo que pasó entonces es otra historia.

Finisterrae



Tres escalones bajan al jardín. Allí está la pileta, blanca de patos. Allí están la higuera, los helechos, los malvones, las voces de las ranas. Allí están los rosales. Allí está la banca de piedra donde me pongo a estudiar. Después los manzanos, los ciruelos, los duraznos. Los caminos de tierra que se forman entre los árboles. Los mastuerzos que crecen escondidos. Las dalias. Las hortensias en la sombra. Los gorriones de pechos pintados.

Después el silencio de las ramas entreveradas, de las hojas en el piso, de las enredaderas. El silencio de no atreverse a hacer ruido. De pisar sin peso, como la luz. Los árboles enormes que no tienen nombre.

Las arañas siempre calladas. Las flores que crecen distintas cada día y que nadie conoce porque nadie puede volver a verlas.

Más allá de todo está el muro de tepetate, tan alto, cubierto de espinas y de lagartijas. Más allá de eso no sé qué podrá haber.

Despertar



En la penumbra de la habitación, el hombre se reclinó sobre la mujer que había pasado la noche a su lado y la despertó besándola largamente en la boca, con los ojos cerrados. La sintió removerse en la cama, sorprendida y satisfecha; la escuchó gemir con un susurro apasionado; la abrazó con fuerza, buscando que el beso se prolongara tanto tiempo como fuera posible. Sin abrir los ojos reconstruyó en su deseo el esplendor de aquel cuerpo tantas veces amado. Finalmente se apartó. Abrió los ojos y le alisó la cabellera. La miró como si se asomara a un espejo. Vio en ella las canas, las arrugas, los ojos marchitos, la inextinguible pasión.

Rosa nocturna



El abuelo apagaba la luz y se sentaba en la orilla de la cama. Veíamos su sombra de perfil, con la pierna cruzada. Encendía un cigarro y el humo lo arropaba.

—¡Que se duerman esos niños! —gritaba mamá en la cocina, y el abuelo bajaba la voz. De vez en cuando aspiraba el humo y callaba. La brasa se encendía en la punta del cigarro y le iluminaba la frente. Después nos mostraba el hueco de sus manos. Allí estaba, la rosa de plata.

La contemplábamos absortos mientras la noche iba perdiendo los ruidos, nos iba cayendo encima como una cobija. Algo gritaba mamá, pero no entendíamos qué decía. Mirábamos, aspirábamos, escuchábamos la voz. Las manos del abuelo olían a tabaco.

Final



Entrarás empujado por otros, con el ansia de no quedarse en el andén, y buscarás de dónde asirte, proyectado hacia atrás por la sacudida y sólo después, cuando los vagones tomen el paso regular, bajo tierra, podrás mirar a los lados. Verás, como todas las noches, los cuerpos doblados, las bocas que roncan, las barbillas clavadas en los pechos. Apoyadas en la puerta, dos muchachas irán abrazadas; de vez en cuando se besarán. Una de ellas te retará con la mirada. Solamente después, mucho tiempo después, te darás cuenta de que nadie habla. Un hombre joven y fuerte, un obrero que llevará una mochila con herramienta, moverá en silencio la boca, como si comiera o como si rezara. Sólo después, mucho tiempo después, cuando habrán pasado dos o tres paradas que no habrás visto nunca, te darás cuenta de que no volverás a salir.

Sombreros



Mi abuela era una dama, le digo. Incapaz de salir a la calle sin guantes y sombrero. Tenía gustos muy personales y era imposible regalarle algo que le gustara. Ahora que vino a México me atreví a darle un sombrero. Me dijo que le encantaba, pero siguió poniéndose el que había traído. Tres días después, la convencí de que fuéramos a cambiarlo por uno que de veras le agradara. No me acuerdo a dónde la llevé, pero había montones, y eso que ya habían dejado de usarse. Mi abuela comenzó a probárselos... siete, ocho, diez sombreros fueron y vinieron y la dependienta empezó a impacientarse porque mi abuela se los ponía, modelaba frente a los espejos y decía cosas como: «Si estuviera un poquito más levantado de aquí...». O, «¿No

lo tendrá en un rosa más oscuro?...». Ninguno le gustaba. Hasta que tomó uno, se lo encajó, volteó a mirarse, ladeó la cabeza, se lo vio de espaldas, y la cara se le iluminó: «¡Me lo llevo!», dijo, y soltamos la carcajada: ése era su sombrero, con el que había llegado.

La siesta



—Detrás de la puerta... junto al balcón... —dijo Marina sin quitarse de la boca la paleta de caramelo, sin apartar los ojos de los míos que no se atrevían a buscarle los pechos bajo la blusa.

La vi cuando bajaba, colgada de la pared, detrás del visillo que le ponía franjas de sol, pero no quise tomarla entonces porque había gente. Volví de la plaza bajo la sombra enorme de los laureles; avivado el deseo con el sopor de la siesta. Pero la llave no estaba entonces.

Cuando crucé el patio vi las cortinas corridas en la habitación de Marina. Aquellas palabras no habían sido para mí.

Caricias



«Ganas de morderte», le dijo al oído y ella bajó la mirada, sonrió, quiso hablar de otra cosa, tan cerca de él que, más que verlo, lo sintió: su calor, la mezcla de olores que desprendían el cuerpo, el casimir, la loción de maderas, el brazo que le pasaba por la espalda. Intentó echarse hacia atrás para mirarlo a los ojos, pero él se los cerró a besos y luego le rozó los labios y ella sintió que se ahogaba, se humedecía, que la piel comenzaba a arderle, la sangre iba a brotarle por los poros mientras él le besaba las mejillas, las orejas, el mentón, la nariz, y ella gemía o ronroneaba, se atragantaba, y él insistía

con la barbilla alzándole la cara, besándole los párpados, los labios empurpurados, la nuca, los hombros, murmurando de nuevo «ganas de morderte», o tal vez sólo pensándolo, pero buscando la forma de ganarle el mentón con la nariz, de empujar hacia arriba mientras ella dejaba caer la cabeza como arrastrada por el peso de la cabellera, entreabría los dientes, asomaba la lengua, emitía un estertor de gozo, exponía el cuello firme y palpitante, y él descendía suavemente, abría la boca, tembloroso de amor clavaba los colmillos, ausente del espejo.

Miserias



Cuando Toña, que atravesaba por una crisis de inventiva, volvió a poner en la mesa, por tercera semana consecutiva, la ensalada de nopales y salmón, hubo un clamor de desconcierto, por no decir de desolación.

—El mes pasado nos asestó dos veces las chuletas de borrego con puré de piña —exclamó la Beba, mientras se servía agua de pitahaya verde.

—Y tres veces los ejotes gratinados —protestó Fermín, molesto porque lo habíamos obligado a que dejara el *Xbox*.

—Sin contar con que hace cuatro sábados que no sale del helado de ciruela —dijo el Nene y extendió el plato para que la tía Celia volviera a servirle caldo de berenjenas.

Las primas memoriosas no quisieron presumir sus dones, pero bien en claro pusieron con miradas y gestos y risitas y codazos que la lista de repeticiones podía prolongarse.

—Demos gracias a Dios —dijo Martucha, mientras las primeras gotas del aguacero golpeaban en la ventana— de que en esta casa si hay algo que no falta es la comida.

—Pero, de vez en cuando —dijo Martín, que batallaba para mantener el copete rubio fuera del plato de arroz con bacalao—, se antoja algo especial, diferente, digamos, como un festival.

—Cuidado con los festivales —lo atajó Martucha con esa vocecita cortante que le brota si se siente contrariada— porque me recuerdan cierta historia, digamos, no muy alegre.

Martucha apartó el helado —luego el Nene dijo que la historia había sido un puro pretexto, que también ella estaba fastidiada con el dichoso postre—, sacó un cigarro y lo encendió con tanta parsimonia que extendió sobre nosotros un velo de silencio. Afuera arreció la lluvia y en la cocina Toña comenzó a cantar.

—Hubo una vez —dijo la tía, mientras el humo iba enhebrando los prismas del candil— un hombre más o menos miserable, pero preocupado por las apariencias. Quería parecer ya no digamos próspero, sino acaudalado, generoso y diletante.

Fermín iba a preguntar qué era eso, pero la Beba lo pellizcó por debajo de la mesa.

—Con trabajos podía ese hombre alimentar a su familia. Muchas veces no comían más que pan, agua y algunas cebollas fritas. Pero una vez al año, aquel ser extravagante echaba la casa por la ventana y servía a los amigos, los vecinos, los compañeros de trabajo, los jefes, la gente que pasaba por la calle un banquete espléndido, todo un festival. Traía cocineros, meseros, cantineros, músicos, flores, y llenaba mesas alquiladas con treinta o cuarenta platillos, toda clase de bebidas...

—Por lo menos —dijo la tía Celia, que rebañaba el plato—, ese día la familia comería en grande.

—No creas —la atajó Martucha, e hizo una seña al Nene para que encendiera la araña, porque la tarde se había oscurecido—; si acaso las migajas. La familia terminaba buscando un pedazo de pan, un vaso de agua, alguna cebolla, aunque fuera cruda.

—Comer todos los días —dijo la Beba, con aire doctoral— es mejor que tener un banquete al año.

Martín se sacudió el copete y quiso decir algo, pero lo pensó dos veces.

Buen dormir



A setenta leguas del Lago del Manatí, según se viene de Lafritten, que según dicen esa isla sí se ha divisado, sino que pocos vuelven por ser de gente temible, se encuentra Puerto Deseado, de suaves aires y grandes agujajes y rico en animales y en flecheros, sino que éstos no usan las manzanillas de que los indios caribes hacen la yerba que tiran con sus flechas. Hay en Puerto Deseado unos indios muy galanos y sus mujeres muy cubiertas de cadenas de oro, de piedras verdes, de carnes firmes y miradas desafiantes. Las camas en que duermen les dicen hamacas; son de algodón muy bien tejidas y de lindas telas, de dos varas y tres de luengo, y algo más angostas que luengas, y en los cabos están llenas de cordeles que concluyen juntamente y átanlos a un árbol, y del otro cabo a otra rama o tronco, con cuerdas de algodón, y queda la cama en el aire, cuatro o cinco palmos levantada de la tierra, de manera de un columpio. Y son muy limpias tales camas, y como la tierra es templada no hay necesidad de ropa ninguna encima, y es en ellas muy buen dormir, y más si es en buena compañía. [De *Nuevas navegaciones...*, atribuido a Antón Gil, el Xamurado.]

Espejo



Como todos los días, me asomo al espejo. Miro la frente de plata o de luna o de azogue. Miro los pómulos salientes, brillantes, pinta-

dos en franjas de verde y azul. Los labios finos, firmes, oscuros; los dientes y la lengua se insinúan. Las largas, hermosas, relucientes orejas. La piel de las mejillas, tornasolada, compuesta por hileras de escamas metálicas. Los cabellos ensortijados. Las ojeras escarlata, las cejas al rape, las pestañas caprichosamente trenzadas. Miro, sobre todo, los ojos que me miran. La superficie blanca y hemisférica, la red púrpura de las venas, el iris de cobre. En el hueco de la pupila miro la frente de plata, los pómulos salientes, los labios finos, los dientes y la lengua y las largas orejas... Me conozco. Sé que ésta es mi máscara. Qué se encuentre detrás, eso lo olvidé.

Visita



Poco después mi madre apagó la luz. Oí que rogaba por mí. Esto me confortaba. Me habría adormecido; pero terminó de rezar y ya no pude dormir. Llovía levemente. Nadie pasaba por la calle. En la alcoba de al lado mi hermano suspiraba entre sueños. Mi padre no se movía. Mi madre tampoco. Imaginé que podría estrangularlos la Muerte, sin ruido; luego cruzaría de puntillas la habitación y desaparecería por el corredor. Crujiría la duela... Sus pisadas crepitarían como sucede cuando se camina sobre hojas secas... Y todo ocurría en tinieblas... Temblé de terror. Tuve un momento de expectación en que no supe de mí; perdí la noción del tiempo y de las cosas. No acertaría a decir cuánto duró aquello, ni qué hice mientras tanto. De pronto, en medio del silencio, el grito, los sollozos, el llanto de mi madre: acababa de verme.

San Silvestre el Joven



Del auténtico san Silvestre el Joven no queda más memoria que la de un encuentro que tuvo con el falso san Silvestre el Joven, o el Seudo Silvestre, como lo llamaron. Dicha entrevista fue un motivo frecuente para los pintores de retablos de la selva chiclera en el primer tercio del siglo XX, pero muy pocas de tales obras se conservan, ya sea, como dicen algunos, porque las condiciones naturales de la región hacen improbable la conservación de esas pinturas en madera; o bien, como quieren otros, debido a que, en realidad, los pintores de retablos de la selva chiclera fueron más bien escasos, y aun hay quien duda de su existencia.

Como quiera que sea, una tarde de verano, mientras veíamos pasar las aguas mansas del San Pedro, una mujer de piel encendida y pechos rotundos, llamada por sus rumbos la Chanata, me contó que un día, en algún tiempo remoto, en algún lugar de la selva —de esa selva del San Pedro, decía ella, mientras el viento iba acumulando nubes, porque ella creía o sabía que todo cuanto ha acontecido en el mundo sucedió a orillas de su río—, se encontraron el falso y el auténtico santos Silvestres los Jóvenes, cada cual seguido por mujeres, hombres y niños que recogían asombrados sus milagros y que al descubrirse enarbolaron garrotes y machetes con frenética devoción. Pero los santos no en balde lo eran, aunque uno de ellos fuera necesariamente falso, y sosegaron a sus huestes con una doble mirada oblicua.

Como en una topada, se pusieron mutuamente a prueba primero con prodigios ordinarios: levitaron un poco, caminaron por el fuego, resucitaron algún picaflor.

Uno de ellos, finalmente, decidió hacer una demostración irrefutable y se dirigió hacia un remanso al que nadie se acercaba porque estaba infestado de mosquitos. Pero él les habló con un susurro

y los insectos se apartaron sin tocarlo. Entonces el otro se dirigió también hacia el agua y se despojó de la camisa y habló con los moscos y éstos lo cubrieron enteramente y se alimentaron con su sangre.

La Chanata me miró con la boca entreabierta y el aliento recordado y yo vi tras ella el cielo poblado de nubes enormes y quise preguntarle cuál de los dos creía que fuera el verdadero san Silvestre el Joven, pero antes de que pudiera hacerlo se desgajó la tormenta.

Cuando volvimos a mirarnos, empapados y anhelantes, bajo el resonante techo de lámina de la bodega, como que habíamos olvidado a los santos; teníamos más bien otro interés.

Mariel



Nadie en la cuadra era tan buena para el avión como mi prima Mariel. Ni siquiera yo, que le llevo dos años. En la tarde, después de hacer las tareas, jugábamos en la calle hasta que se hacía de noche. Al final quedábamos sólo las dos. Mariel tenía un pulso perfecto para tirar la teja, y unas piernas flexibles, flacas, como de gata, con las que saltaba más que nadie, y caía siempre con los pies fijos, clavados en el suelo. Yo me sentía infeliz; la detestaba. Un día, le ofrecieron a mi tío un trabajo en México y se fueron para allá. La tarde anterior salimos a jugar y Mariel, como siempre, ganó todos los juegos. La abracé y le dije —nos asomaban las lágrimas— que me dolía mucho que se fuera... pero estaba feliz. Y fue como lo pensaba. Ahora nadie me gana. Todos los de la cuadra van quedando fuera, hasta que yo soy la única que llega a la gloria. Pero tampoco soy feliz. Quiero ganarle sólo a ella. Extraño a Mariel.

Sofía



Aunque el féretro tenía abierta la tapa no quise ver a Sofía. Pasé la noche sentado en la capilla, absorto en el resplandor de los cirios, rodeado por el rencor o la sorpresa o el desconcierto de los que faltaban ahí.

Con el frío de la madrugada recordé el movimiento con que lanzaba atrás la cabellera oscura y tensaba el cuello y me clavaba la mirada retadora.

—Qué importa —le decía a veces, mientras seguía con la punta de los dedos la tersa línea de la barbilla—; vas a ser una vieja muy linda —y luego, mientras ella negaba con la cabeza—. Y yo estaré cerca de ti para decírtelo.

—No —me contestaba tranquila, sin que yo pudiera sospechar su terrible decisión—; no seré vieja jamás.

La ilusión del marinero



Para María del Carmen Farías

—Yo tenía una ilusión —dijo el marinero ilustrado, que se había puesto serio cuando le colocaron enfrente el tercer vaso de ron, porque le pareció que se lo habían llenado de menos. El profesor —o lo que fuera, pero eso era lo que parecía, con la libreta y el lapicero—, sentado del otro lado de la mesa, de cara al malecón, alzó la vista pero no la cabeza, con el gesto de un toro a punto de embestir. Frunció la boca y se le llenó la frente de arrugas, pero no pronunció palabra, porque el whisky le caía mal y porque no halló nada que decir. Era esa hora parda en que los cocuyos empiezan a parpadear.

—La traía guardada en el bolsillo —siguió el marinero mientras alzaba el vaso vacío con un gesto elocuente—. Me gustaban su cabello bruno, las alas iridiscentes, los ojos glaucos —prosiguió sin prisa, paladeando palabras que en la cantina no todo el mundo conocía.

—¿Glaucos? —preguntó el profesor, que tenía algunas nociones de griego.

—Glaucos como el agua de los bajos cuando el sol cae a plomo. Yo me veía en ellos y eso me gustaba.

—Por aquí, las ilusiones, son más bien raras —lo interrumpió el profesor, que insistía en tomar whisky porque en día de quincena la cerveza le parecía poca cosa.

—Ésta que le digo la conseguí en un viaje. Recuerdo que en las mañanas el mar se ponía violeta y que las islas pasaban muy a lo lejos, como si el viento las arrastrara.

Los hombres guardaron silencio mientras ardía sobre el horizonte una línea dorada. La noche sería tibia y la brisa venía con el chasquido de las olas. En el malecón, el único semáforo de la isla detenía por algunos segundos a los automóviles y los camiones, pero los ciclistas no lo respetaban. El profesor se dio cuenta de que había llegado el momento de plantear una pregunta dolorosa.

—Dice usted que ¿la tenía?

Antes de responder, el marinero echó atrás la cabeza y apuró de un trago el cuarto vaso de ron. Cañaverales encendidos le bajaron por la garganta; un sopor azucarado se le colgó de los párpados.

—Son delicadas, las ilusiones —dijo. Aspiró la noche y apoyó la frente en los antebrazos cruzados, encima de la mesa, por si una lágrima se le escurría.

—Si uno las sujeta con demasiada fuerza pueden ahogarse; si uno afloja, a veces se escapan. Tienen la tendencia...

—Yo prefiero mi sirena —dijo el profesor, vanidoso, y echó un

vistazo a su reloj porque iba siendo hora de ir a buscarla—. Usted debería hacer lo mismo: consígase una sirena; son más tiernas.

El profesor quedó ensimismado en el resplandor último del día. Sintió un cosquilleo que le subía por las ingles. Y después, con impaciencia, preguntó:

—A su ilusión, dígame, ¿qué le pasó?

Se detuvo porque advirtió que el marinero dormía. Sintió el impulso de sacudirlo, pero miró una vez más el reloj. Se puso de pie, un poquito mareado.

—La cuenta es para el señor —dijo al pasar por la barra.

No te duermas



Antes de que recojan las bandejas me guardo todo lo que me gusta: los cubiertos de plástico, los sobres de azúcar, de crema y de sal. Papá gruñe cuando le pido su mantequilla, pero mamá, que va en medio, me pasa el cuerno que no se comió. Luego se llevan todo con un ruido como de fiesta y cada quien levanta la mesita que lleva enfrente. Mamá sujeta la mía, porque yo no puedo prenderla en el respaldo de la muchacha que va adelante. Si quiero asomarme por la ventana veo mi cara, desvelada, con los ojos bien abiertos porque no debo dormir.

—Duérmete —dice mamá y bosteza—. Échate un sueñito. Así el tiempo pasa más aprisa.

Hay una agitación de frazadas, de gente que se acomoda en los asientos, reclina los respaldos, apoya la cabeza en cojines o contra los compañeros. Luego todo queda a oscuras. La ventana es un hueco que ya no refleja ni deja ver nada.

Si me inclino hacia la izquierda, un poco sobre el brazo de mamá, y miro entre los respaldos de enfrente, veo allá adelante

unos conos luminosos que bajan del techo. Quiero encender el mío, pero mamá me detiene.

—Vas a despertar a la gente. Ya duérmete.

Si me inclino hacia la derecha veo, recargada en la ventana de la fila que sigue, la cabeza de la muchacha. Puedo oírla respirar como respiran los que duermen. Puedo oír también el ruido de los motores. Más que un ruido es como un temblor que me deja sordo. Las voces suenan como si vinieran de más lejos, de otro lugar, de otro día. Cierro los ojos y me doblo hacia la ventana, como si durmiera, con los puños apretados.

Luego papá, que va en el pasillo, comienza a roncar. Mamá lo mueve un poco, pero después se olvida y se acomoda, sube las piernas al asiento, recarga la cabeza en el hombro de papá. Abro los ojos. Veo en la penumbra los bultos de los respaldos. Tengo sueño pero sé que no debo dormir. Me arrodillo en el asiento y vuelvo la vista hacia atrás. La quietud me asusta. Me pongo de puntas y miro hacia el frente. Todos duermen, unos sobre otros, doblados, torcidos como muñecos.

Dios mío —pienso con horror—, Dios mío —me digo mientras abro desesperado los ojos para que no vayan a cerrarse—; si yo también me duermo, ¿quién va a sostener el avión?

Ramillete



La puerta se cerró a sus espaldas, sin violencia. Joaquín Armenta sintió que no debía volver los ojos. Alzó la cara y recibió la brisa nocturna. El tráfico era intenso; del otro lado de la calle lo llamaban el parque y la laguna. Esperó con el pensamiento vacío. Cuando el semáforo le dio el paso, sacó las manos de los bolsillos.

En la orilla del parque, sentada en la calle, una mujer vendía

flores. Tenía unos ramitos tristonos, atados con cáñamo, extendidos en unas hojas de periódico; los rociaba con agua que tomaba de un bote y le goteaba de las manos, pequeñas y suaves. Joaquín Armenta se acuclilló para elegir uno. No aceptó el cambio que la mujer le tendía.

La noche era nublada y caliente. Joaquín Armenta echó a caminar por el sendero de piedra bola y sintió cómo empezaba a sudar. De vez en cuando lo enjugaba la brisa. Árboles enormes e invisibles lo cubrían con un murmullo perfumado.

Apoyadas en las columnas de la pérgola las parejas conversaban o se besaban. Joaquín Armenta las veía de reojo, con envidia.

Llegó hasta el toro de bronce y lo rodeó sin mirarlo. Inició el regreso con la sensación de que había caminado demasiado aprisa. Más adelante se detuvo y quiso serenarse; se sentó en el pretil, con las piernas colgando hacia la laguna. Una garza insomne cruzó por enfrente, remontando el vuelo como si quisiera pasar por encima del mirador. Él advirtió el peso levisimo de las flores. Aflojó un poco la mano y las dejó caer.

Nunca



—Sin prisa y sin pausa, como un árbol inmenso, fue creciendo mi amor; hundía las raíces, extendía ávidamente el follaje, se cuajaba de flores. Lo menos que quise hacer fue dedicarte la vida. Llevarte puesta como un amuleto. Tocado por tu mirada, arder en llamas. No desear otro abrigo que tu sombra. Estaba dispuesto a cambiarlo todo para caminar a tu lado, para...

—Nunca te lo creí.